

Si he vuelto, ó mejor dicho, si no me he alejado de París, es porque estoy enterado de todo. Una casualidad me ha puesto al corriente de esta triste historia.

—¿Sólo la casualidad?—preguntó Jacobo Mosés.

—Solo la casualidad; sí, señor. Hace dos días que llegué á París; entré hasta aquí sin ruido. Puedo precisar... Serían las ocho de la noche. ¿Se entera usted?... Todo lo he oído.

—Entonces es inútil negar—observó Jacobo Mosés.

—Perfectamente inútil, señor mío. Aseguro á usted que no tengo ninguna duda, ni de mi desgracia ni de su infamia. Al convencerme de ella me causó una impresión tan tremenda, que me creía víctima de una alucinación, y me ví precisado á huir lleno de espanto. Después he reflexionado. Ante todo quise convencerme de la extensión de mi desgracia, y lo he conseguido completamente. Oí que ustedes hablaban de un hijo, y he ido á Mortcerf, donde he podido verle por mí mismo, presentándome ante los Loiseleur como un paseante extraviado. Todo esto lo digo para demostrar que estoy bien informado.

—¿Adónde va usted á parar?—preguntó Jacobo Mosés.

Pedro Dantenac se estremeció.

Aquella calma de Jacobo Mosés le parecía casi más insultante que el mismo ultraje.

—Paciencia—contestó,—no tardará usted en saberlo. Entre usted y su padre me han hecho representar un papel muy desagradable... Nada hubiera sido más fácil para ustedes que dejarme vegetar como empleado modesto en las oficinas, ó hacerme salir de ellas si ese era su gusto. Yo no he sido el que ha solicitado la mano de esta mujer. ¿Se me ha ofrecido! ¿Con qué fin? A la verdad, que trato de comprenderlo y no lo consigo.

—Si desea usted explicaciones—dijo Jacobo Mosés,—puede usted hablar con mi padre; con él es con quien usted ha tratado, no conmigo.

—Tiene usted razón; pero yo le digo: ¿qué importa la causa del oprobio, si el oprobio existe?

—Entonces, concluyamos.

—Seré breve—dijo Dantenac;—si ignoro las razones que ustedes han tenido, en cambio conozco el resultado... y es bastante. Usted me está deshonrando escandalosamente, sin pudor ninguno. Ni siquiera tiene usted la vulgar delicadeza de salvar la reputación de su querida... Esta noche, sin ir más lejos, ha estado usted con ella en un restaurant á la moda, entregándose á las expansiones que tanto agradan á las prostitutas de alto rango, que no se avergüenzan de nada. Y como usted mismo goza de alguna celebridad, gracias al oro... mal ganado, robado... que tiene, sus aventuras serán pasto de la curiosidad pública, y no faltará quien

diga, señalando á esta mujer con el dedo: «Mira: ¡esa es la señora de Dantenac, la protegida del barón Mosés!... Está casada con uno de sus empleados y es querida, como tantas otras, de su hijo Jacobo... ¡Ese Dantenac es un imbécil, ó está comprado!... Cierra los ojos sobre la infamia de su mujer... porque le pagan, y con el dinero se consuela de todo...» ¡Esta es la verdad! ¡A pesar de la situación en que he caído, no tengo siquiera el consuelo de pasar por uno de esos maridos ignorantes y engañados que, en su grotesca situación tienen, al menos, la compensación de ser estimados por las personas que les conocen! ¿No es verdad, caballero?...

Jacobo Mosés extendió perezosamente un brazo en señal de conformidad, y dejó salir de sus labios estas palabras desdeñosas:

—Quizá tenga usted razón.

Pedro Dantenac continuó con creciente amargura:

—Usted me ha causado un inmenso perjuicio, señor; ha trastornado mi vida, deshecho mi honor.

—No lo niego, y por lo tanto le debo una reparación.

Pedro Dantenac oyó mal.

—¿Dice usted?...—preguntó.

--Digo que le debo una reparación. ¿Cuánto?...

Dantenac le miró de un modo que por vez primera causó en el judío una impresión de espanto.

—No podía creer—prosiguió Dantenac—que tuviera usted la audacia de añadir este insulto á los anteriores... ¡Pero hago mal en asombrarme! Para usted, el dinero lo constituye todo, el fin y los medios. No pensamos del mismo modo, caballero; no es su dinero lo que yo necesito, es otra cosa.

—¿Cuál?—preguntó Jacobo Mosés muy tranquilo.

—¡Su sangre!

—¡Demonio!

—Únicamente así puede lavarse esta mancha. Tiene que morir uno de los dos.

—¿Pero es usted tan feroz?

Pedro Dantenac se levantó, y añadió cambiando de tono:

—Creo, caballero, que ya ha habido bastantes explicaciones. Fuera de aquí, usted sería, evidentemente, el más fuerte. Con su ejército de criados y policías me aniquilaría usted. Así es que, al venir aquí, lo he hecho con entera decisión, y espero que uno solo de nosotros salga de esta casa. ¿Cuál? Eso la suerte lo decidirá.

—¿Qué dice usted?...

—Que vamos á batirnos.

—¿Aquí... solos... sin testigos?...—dijo irónicamente Jacobo Mosés.

—Sí, señor, sin testigos.

—¿Y si yo no quiero?

—¿Prefiere usted que le mate? Estoy en mi casa, y le he sorprendido en flagrante delito.

—¡Oh! Permitame usted que le diga que eso es muy difícil de probar. Esta señora se ha educado en mi casa. La conozco desde su infancia. Es casi una hermana para mí. Está sola en París, y he cenado en su compañía. ¿No es esto muy natural? Luego la acompañó hasta su casa y hablamos un rato... Vea usted cómo exagera las cosas...

Jacobo Mosés conservaba una perfecta tranquilidad, mientras que Matilde, livida, apoyada en la pared, con el rostro medio cubierto con las manos, observaba á los dos adversarios, asustada y temblando.

—Basta de atrevimientos—dijo Dantenac con voz sorda, al mismo tiempo que arrojaba á los pies de Jacobo uno de los cuchillos que había comprado en el bazar.—Este para usted.

Y añadió cogiendo el otro:

—Este para mí.

El barón rechazó el arma desdeñosamente con el pie.

—No acostumbro á manejar eso—dijo con creciente insolencia.

Entonces se levantó.

—Señor Dantenac—dijo agresivamente;—concluyamos... Esta comedia ha durado bastante. Usted es pobre; se ha casado con una mujer hermosa y rica, pues que ha llevado un millón de dote. Usted no es torpe y ha debido suponer que algún misterio habría bajo este ofrecimiento demasiado brillante. Aun suponiendo

que fuera usted bastante inocente para no sospechar nada, la ilusión ha cesado. Veo que se ha enterado usted perfectamente de todos los detalles de la amistad que sostengo con esta mujer que ha hecho á usted el honor de llevar su nombre... Puede usted dar á este asunto la solución que mejor le convenga. El divorcio le ofrece una perspectiva de libertad bastante halagüeña. Reflexione usted... Por mi parte pienso salir de aquí sin hacer uso de ese cuchillo, que estaría muy propio en las manos de un catalán, pero que á un parisien no le ofrece ningún atractivo... No crea usted que soy tan imprudente que no he tratado de asegurarme la retirada.

Hizo una seña á su querida invitándola á seguirle.

La joven no se movió.

—Ven conmigo, Matilde—la dijo.

La joven movió maquinalmente la cabeza.

—Quiero creer—dijo entonces Jacobo á Pedro Dantenac,—que será usted galante, y me voy solo, puesto que la señora tiene bastante confianza en usted para quedarse aquí. ¡Vamos, déjeme usted pasar!

Y al mismo tiempo sacaba su mano derecha del bolsillo, sujetando el culatín de un lindo revólver de muy buen calibre que dirigió al pecho de Dantenac, diciéndole:

—Paso, ó hago fuego.

Dantenac siguió delante de la puerta, donde estaba estorbando la salida y dijo:

—Eso será un asesinato.

—¡Paso!

—¡Pues bien, no!—rugió Dantenac—¡No saldrá usted!

Y arrojando al suelo el cuchillo que tenía en la mano, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó.

Una doble detonación, seca, amortiguada por las colgaduras de la habitación, dejó á Matilde galvanizada.

De pronto se incorporó muerta de espanto.

Hé aquí lo que vió.

Pedro Dantenac, con una mano de hierro, sujetaba, hasta casi romperle, el brazo derecho de su adversario.

El revólver se escapó de la mano de Jacobo Mosès, que trató de bajarse al suelo para recogerlo.

Más ligero que el rayo, Dantenac le sujetó por la garganta, estrangulándole, y le dijo:

—¡Bandido! ¡Asesino!

Y como en aquella espantosa escena Jacobo señalase hacia la ventana, Matilde, con la cabeza loca, en el colmo del terror, abrió aquella ventana y lanzó en pleno patio este grito desesperado:

—¡Socorro!

Aquel primer grito fué seguido de otro más estridente y más desgarrador, el grito de una mujer que se ahoga.

Con los ojos enormemente abiertos por

el miedo, veía al lado suyo, en el balcón, que Pedro Dantenac, terrible, con los cabellos erizados, sostenía por mitad del cuerpo á su adversario, inerte, medio muerto, y elevándole vigorosamente, se disponía á lanzarlo al fondo del patio.

Se arrojó sobre ellos y se apoyó en el balcón gritando á su marido:

—¡Pedro, por piedad!

Dantenac se detuvo.

Pero ya el patio estaba lleno de curiosos.

Todas las ventanas estaban abiertas; en la portería, el grito de la joven había causado una verdadera revolución.

El cochero decía con su voz gangosa:

—Parece que esto se va animando; el cordero se ha vuelto león. ¡Habría que verlo!

Todo el mundo fué de la misma opinión.

En un momento se encontraron todos en el patio.

A la luz del gas se vió durante diez segundos á Jacobo Mosès, que ya no se resistía, balanceado vigorosamente por Pedro Dantenac, hermoso como un luchador antiguo, y, después de corta vacilación, se vió cómo le dejaba caer pesadamente sobre las losetas del balcón, inmóvil como una masa inerte.

En seguida la habitación se vió invadida por todos los que estaban en la portería.

Un médico que habitaba en la casa se presentó también.

El doctor Desbarres, inquilino del piso segundo, no era un médico vulgar.

Era un hombre rico que se dedicaba poco á los enfermos y á las enfermedades.

Sus primeras palabras fueron éstas:

—Hay que avisar al barón y buscar al doctor Berard.

Todo estaba hecho.

El portero, en un arranque de celo, había corrido al hotel Mosés, y luego en busca del célebre cirujano.

Por fortuna, el sabio maestro se encontraba en casa.

En algunos minutos llegó el doctor Berard, desde su hotel de la calle Haussmann al hotel Mosés.

Causedé, que se encontraba en casa de Mosés cuando llevaron el aviso, se encontró en el campo de batalla al mismo tiempo que el doctor.

Inútil es decir que aquella noticia llenó al bearnés de un júbilo tan grande como bien disimulado.

¿Qué había pasado?

Lo ignoraba.

El portero, temblando, con profundo temor de perder su plaza por no haber ejercido la vigilancia necesaria, decía únicamente que había tenido lugar una escena horrible.

No podía dar detalles.

Cuando subía la escalera en compañía del eminente operador, Causedé le explicaba en pocas palabras las causas del

drama que había motivado aquella catástrofe.

El drama se había desarrollado á puerta cerrada entre tres personas, la mujer, el marido y el amante.

El amante era Jacobo Mosés; la mujer, aquella encantadora Matilde, que el doctor conocía de tanto tiempo, y el marido, un montañés de los Pirineos, empleado en la casa Mosés, á quien el barón, por uno de esos caprichos que se explican difícilmente, había hecho casar con su protegida.

Causedé contaba estas cosas al doctor con una tristeza de circunstancias, como amigo sincero de la casa que trata de evitar un escándalo.

Por lo demás, él no aseguraba nada; estaba muy poco enterado; estaba reducido á conjeturas; pero ¿cómo explicar aquella lucha si no por una sorpresa, en la que el marido había cedido á una explosión de rabia, muy natural después de todo?

En el fondo, según la opinión del marqués, el asunto era en extremo desagradable.

En su interior, saboreaba uno de los más agradables placeres que halagan á nuestra viciosa naturaleza, como es el ver el mal que agobia á un enemigo íntimo á quien hay que sonreír y tender la mano.

Sin embargo, al entrar en la habitación de Matilde, debía experimentar una decepción.

Atendiendo á las indicaciones del doctor Desbarres, todos los criados y cocheros que invadieron la casa, la habian desalojado.

En la puerta, Causседé se cruzó con uno de ellos, que salia diciendo:

—Es una bagatela. Si el marido se hubiera mantenido firme, el tal Mosés las hubiera pagado todas juntas. ¡Así no será nada!

Parecía estar sinceramente disgustado. Su pronóstico era exacto.

El doctor Berard lo confirmó después de dos minutos de exámen.

Quebrantado por el estrecho abrazo de su adversario, molido, medio aplastado, echando sangre á borbotones por la boca, Jacobo Mosés habia perdido el conocimiento, pero desde que Dantenac le abandonó pudo ir recobrandolo lentamente.

La sacudida habia sido demasiado fuerte.

Experimentaba sordos y agudos dolores en el pecho, como si sufriera una lesión interna.

Extendido sobre la cama, al volver en sí, su primer cuidado fué buscar con la mirada á su adversario.

Habia desaparecido.

Matilde, aterrada, llena de espanto por aquella escena tan corta y tan violenta, permanecía constantemente al lado de su amante.

Indiferente á todo, sin ocuparse para nada de su honor, estaba cerca del lecho,

teniendo entre las suyas una de las manos de Jacobo y sintiendo tanto como él sus sufrimientos y su humillación.

Interrogaba con una mirada más elocuente que las palabras al doctor Berard, tratando de adivinar en la fisonomía del maestro la opinión que con tanta ansia esperaba.

El célebre médico se contentó con decir:

—Se le puede llevar á su casa con algunas precauciones... No hay peligro aparente...

Causседé redoblaba sus atenciones para su amigo Jacobo, al que dirigia cariñosas palabras de consuelo.

Acostumbrado á su papel de íntimo en el hotel Mosés, daba órdenes, mandaba á los criados y recomendaba á todos el silencio, prometiendo cuantiosas recompensas en nombre del barón.

—Y del marido, ¿nadie se ocupa?—dijo uno de los criados con mucha razón.

Era verdad, nadie se acordaba de él.

Matilde misma le habia olvidado por completo.

Sin embargo, á ella era á quien Dantenac habia concedido la vida de su amante.

No habia podido resistir á la mirada suplicante de la que tanto habia querido.

¿Qué habia sido de él?

No estaba lejos.

En el momento en que levantaban al herido, irritado como si él hubiera recibido el ultraje, distinguió en una esqui-

na de la habitación, apoyado en la pared, pálido y con una mano en el pecho como para contener un dolor, á Pedro Dantenad, solo y sombrío.

Los dos hombres cambiaron una mirada llena de odio, altanera y orgullosa por parte del marido, venenosa y amenazadora por parte del amante.

—Nos volveremos á ver, señor mio,— dijo Jacobo Mosés, con voz sorda.

Los poderosos hombros del montañés se levantaron con un imperceptible movimiento de desprecio.

—Seguramente tratará de asesinarme en lugar de verse conmigo— pensó— eso será lo más seguro.

Pero no dijo una palabra.

El doctor Desbarres que acompañaba á Mosés, se acercó á Dantenac y le dijo en voz baja:

—¿Está usted herido, caballero?

—Ligeramente.

—¿Y por qué no lo dice usted? Vuelvo al instante.

Continuó su camino para dejar á su cliente de ocasión en manos de su ilustre compañero el doctor Berard, en quien tenían más confianza los Mosés.

Caussedé, siempre vigilante, detuvo en el descansillo de la escalera á Matilde, que envuelta en un abrigo trataba de seguir á su amante.

No sin grandes esfuerzos pudo conseguirlo.

Ya de vuelta en la habitación de Matil-

de, Caussedé se bajo á recoger un objeto brillante que le llamó la atención, cerca de la cama.

Se apoderó de él y lo reconoció sin trabajo.

Era el revólver, un arma de gran precio que había visto muchas veces en manos de su amigo.

Dos cápsulas se habían disparado; las otras tres permanecían intactas.

Caussedé fijó en la joven su mirada.

—¿Qué ha pasado aquí?— dijo.

—No lo sé.

—¿Se han batido?

—Yo estaba loca.

—El señor Dantenac, ¿tenía armas?

—Puede ser... yo lo ignoro.

Hay que decirlo en alabanza suya. La joven era sincera.

La repentina aparición de Pedro Dantenac, la había dejado petrificada.

Mientras duró la conversación entre su marido y su amante, la pareció que las sienas se las batían á martillazos, sus oídos la atormentaban con su incesante zumbido.

Apenas si había oído confusamente algunas palabras de la conversación.

Bruscamente la lucha había estallado.

No vió más que un choque, á Jacobo Mosés oprimido, estrangulado y balanceándose en el espacio á impulsos de la extraordinaria energía de Dantenac, triplicada por el furor de que tan justamente se hallaba poseído.

Ignoraba por lo tanto la cobardía de su amante, haciendo fuego sobre su adversario desarmado.

Pero delante de Causседé, que la señalaba el revólver sin pronunciar palabra, bajó la cabeza y comprendió.

Frívola y ligera, perturbada por los placeres y la riqueza, guardaba, no obstante, en el fondo del alma una lealtad y un valor, que de haber vivido la joven entre otras personas, hubieran informado todos los actos de su vida.

Se dejó caer en un sillón y se ocultó el rostro con las manos.

Vino á sacarla de sus reflexiones una mano que se apoyaba en su hombro, al mismo tiempo que una voz decía al marqués:

—Haga el favor de dejarnos un instante, amigo mío. Tengo que hablar con ella. Era la voz del viejo Mosés.

IX

Padre é hija

A la portezuela del cupé que esperaba al barón en la verja de su posesión de Neuilly estaba nuestro antiguo conocido Próspero Lagrippe.

Cuando el barón salía precipitadamente, alarmado y descontento de aquel aviso que se le había dado, violentando sus terminantes órdenes, sus primeras palabras fueron:

—Y bien, ¿qué pasa?

—No hay tiempo que perder—contestó Lagrippe.—El señor barón comprenderá que yo no me permitiría molestarle por una bagatela. Si el señor me lo consiente, subiré con él en el cupé y le pondré al corriente de lo que pasa, al menos de lo que yo sé.

—Bien, ¿adónde vamos?

—Calle del Circo.

—¿Y por qué á esa calle?—dijo asombrado el barón.

Ya el coche rodaba velozmente hacia París.

El viejo Mosés, al oír nombrar la calle del Circo, había experimentado un profundo estremecimiento.

Matilde le inquietaba desde algún tiempo antes.

A pesar de su matrimonio, á pesar de su ordinario alejamiento de París, no estaba tranquilo.

Multitud de síntomas le obligaban á reflexionar, y si no pensaba en ello tanto como el caso merecía, era debido á su egoísmo y á que sus propias pasiones le distraían constantemente.

En la calle del Circo, únicamente Matilde le interesaba.

A estar el marido en París, el barón hubiera podido figurarse el drama que más de una vez había temido; pero Dantenac caminaba por la línea de Burdeos y debía estar lejos. Sin embargo, no se atrevía á interrogar á su criado.